the British in Argentina (2019), in the westward movement of corporate HQs from the City of London to Westminster and in the 1890s lurch in the client-list of once-Radical corporate lawyers Ashurst, Morris, Crisp from explicitly progressive Argentine urban development and transport to oil and armaments, the imperial core. As with the Islands, so with the economy, the mundane story of trade and investment is paralleled by a narrative of public engagement with its consequences. Economic nationalism, like irredentism, pretty much coincided with the move—if not to "monopoly" capitalism—then to its corporate and concentrated twentieth-century form.

Charles Jones *University of Cambridge*

EZEQUIEL ADAMOVSKY. ***A History of Argentina: From the Spanish Conquest to the Present***. Duke University Press, 2024.

La célebre secuencia inicial de *2001: A Space Odyssey* (1968), la película de Stanley Kubrick, sitúa el origen de la historia humana en un acto de violencia. Un homínido descubre que un hueso puede utilizarse como arma y el garrotazo inaugural abre paso, mediante una famosa elipsis, al mundo del futuro. *A History of Argentina* de Ezequiel Adamovsky, investigador del CONICET en la Universidad Nacional de San Martín, parece apoyarse en una lógica narrativa semejante. La primera frase del libro anuncia: "In the beginning, there was violence". Antes que los incas y los conquistadores, las encomiendas, las revoluciones o la formación del Estado nacional, la violencia aparece como el punto de partida desde el cual se organiza la historia argentina.

El libro constituye una síntesis desde la conquista española hasta el presente. Publicado originalmente en castellano y traducido al inglés por Rebecca Wolpin para Duke University Press en el marco del Programa Sur del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, está dirigido a un público amplio y, en particular, a lectores no especializados interesados en las historias nacionales de Iberoamérica. La traducción pone a disposición del público angloparlante una de las historias generales más difundidas de la Argentina reciente. Incorpora muchos de los temas de la historiografía contemporánea: las relaciones entre clase, raza y género; la participación política de los sectores populares; los conflictos regionales; la construcción del Estado; la cultura política; y las desigualdades que marcaron la experiencia nacional. En este sentido, funciona como una alternativa a las síntesis centradas en las élites políticas.

Sin embargo, más que detenerse en la abundante información que la traducción de *Historia de la Argentina* ofrece, esta recensión reflexiona sobre dos decisiones

historiográficas que atraviesan la obra. Ambas aparecen en las primeras páginas y ambas organizan buena parte del relato. La primera es la naturalización de las regiones que estructuran espacialmente la narración. La segunda, la centralidad otorgada a la violencia como principio explicativo.

Adamovsky vuelve a recordar lo que todo historiador sabe: la Argentina no existe o, mejor dicho, las razones de su existencia siguen dando trabajo a los historiadores. Los territorios que hoy forman parte del país estaban habitados por una gran diversidad de sociedades que no compartían una identidad política común, una lengua, una religión ni una organización estatal unificada. La nación no aparece entonces como una realidad preexistente sino como el resultado contingente de procesos históricos complejos, una posición ampliamente compartida por la historiografía contemporánea.

Pero aquí surge una asimetría. Mientras la nación es sometida a un proceso de historización, las regiones parecen escapar a ese tratamiento. Antes incluso de comenzar el relato, el lector encuentra un mapa de la Argentina dividido en unidades reconocibles: Noroeste, Nordeste, Litoral, Pampas, Cuyo, Patagonia y Puna. Estas categorías estructuran buena parte de la narración posterior y aparecen como marcos espaciales relativamente estables. Sin embargo, las regiones también tienen historia. Son construcciones intelectuales, administrativas, escolares, estadísticas y geográficas producidas en momentos determinados. Del mismo modo que la nación no estaba allí esperando ser descubierta, tampoco lo estaban esas regiones. El libro cuestiona la naturalidad de la nación, pero adopta sin demasiada discusión la naturalidad de las unidades espaciales desde las cuales la nación será narrada. No deja de ser llamativo que categorías asociadas a la geografía regional del siglo XX aparezcan proyectadas retrospectivamente sobre períodos muy anteriores.

La segunda cuestión se refiere a la violencia. Resulta difícil objetar la idea de que la conquista fue un proceso violento o que las guerras, las revoluciones y la expansión estatal implicaron distintas formas de coerción. Sin embargo, la pregunta historiográfica relevante no consiste en determinar si hubo violencia, sino en preguntarse qué se gana al convertirla en punto de partida del relato.

En cierto sentido, toda historia humana podría comenzar de esa manera. La conquista de territorios, la formación de imperios, las revoluciones, las guerras civiles y la construcción de Estados estuvieron atravesadas por episodios violentos. Y eso vale tanto para las sociedades industriales como para las preindustriales. Lo que requiere explicación no es la existencia de la violencia, sino sus formas específicas, sus escalas, sus efectos y sus relaciones con otros mecanismos de organización social.

El propio libro ofrece numerosos ejemplos que complejizan el lugar central asignado a la violencia. A lo largo de sus capítulos aparecen alianzas

interétnicas, pactos políticos, redes comerciales, mediaciones culturales, estrategias matrimoniales, negociaciones diplomáticas, formas de cooperación y experiencias compartidas de movilización colectiva. El proceso histórico argentino emerge entonces como el resultado de una interacción permanente entre coerción y colaboración, conflicto y acuerdo, enfrentamiento y articulación. Adamovsky reconoce esta tensión cuando subraya la importancia simultánea de la dominación y la cooperación en la formación de la sociedad colonial. La pregunta, por lo tanto, permanece abierta: ¿por qué la violencia ocupa el lugar privilegiado del origen cuando la propia narración muestra otros mecanismos de articulación social igualmente decisivos?

Las tensiones regionales y la fragilidad de las construcciones políticas posteriores a la independencia ocupan un lugar importante en el libro. La Argentina aparece menos como el resultado inevitable de una trayectoria lineal que como una posibilidad entre varias alternativas históricas. Los conflictos entre provincias, ciudades y proyectos políticos recorren toda la narración y recuerdan hasta qué punto la formación nacional fue un proceso incierto y contingente.

Aunque *A History of Argentina* incorpora experiencias y sujetos ausentes de muchas síntesis anteriores, la fragilidad de los proyectos políticos, la dificultad de construir un orden estable, las tensiones entre regiones y el carácter contingente de la construcción nacional continúan ocupando un lugar central. Se trata de interrogantes que vienen organizando buena parte de la historiografía argentina desde hace aproximadamente medio siglo y que Tulio Halperin Donghi formuló con claridad. Del mismo modo, los estudios sobre la formación del Estado nacional han insistido durante décadas en examinar no sólo los mecanismos de coerción, sino también los procesos de negociación, las mediaciones institucionales, los acuerdos entre provincias y las múltiples formas de articulación política que hicieron posible la construcción de un orden nacional. En este contexto, resulta aún más significativo el lugar privilegiado que el libro asigna a la violencia en su arquitectura narrativa. Las diferencias más visibles aparecen entonces en el vocabulario, en los actores incorporados a la narración y en la ampliación de las escalas de observación. Las preguntas fundamentales, en cambio, resultan más que familiares.

Irina Podgorny *Museo de La Plata / CONICET*